Pregón de San Torcuato. Año 1994

"Las Artes y la Música en la Catedral de Guadix como manifestación de la Fe predicada por San Torcuato".

Pronunciado por **Manuel JARAMILLO CERVILLA**
el día 14 de mayo, a las 20'30 horas, en la Catedral de Guadix.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Guadix-Baza.
Iltmo. Sr. Alcalde del Ayuntamiento de Guadix.
Iltmo. Cabildo de la Santa Iglesia Catedral.
Dignísimas Autoridades Civiles y Militares.
Dignísima Junta Directiva de la Hermandad Diocesana de San Torcuato.
Señoras y señores, devotos todos de nuestro Venerado Patrón,
el señor San Torcuato.

Nos encontramos esta tarde en torno a la Cátedra de San Torcuato, bajo las suntuosas bóvedas de este maravilloso templo, dispuestos a ser PREGONEROS de su memoria, de su recuerdo, y sobre todo, de la Fe que Él nos transmitió a través de nuestros antepasados. Desde este punto de vista, todos, cada uno de nosotros, debemos ser pregoneros de San Torcuato y de lo que él significa: la antorcha de nuestra fe y la piedra angular del conjunto de venerables devociones que integran nuestro riquísimo patrimonio espiritual, que constituye, por su pureza y sus profundas raíces, el más rico tesoro de nuestra ciudad y de su diócesis, y representa el mayor timbre de gloria con respecto a las demás diócesis de España.

Para los que no hemos nacido en esta ciudad, pero que la hemos vivido, la sentimos y la queremos, el camino seguido para llegar a vibrar por ella, como afirma Don Miguel Rodríguez Pastor, no es tanto el de la delectación sensorial de sus bellísimos paisajes, cuanto la comprensión intelectual de su espíritu, de su alma, de su misterio. Es así como a través de sus hombres, de sus problemas, de sus palpitaciones, de su historia, llegamos a ese riquísimo mundo devocional y, claro está, a San Torcuato.

San Torcuato, para Guadix, lo es todo. La fundación de la diócesis de Acci, la primera en el solar hispano, supuso la vertebración de su carácter urbano y su continuidad como ciudad, cuando a finales del siglo II comenzara un proceso de ruralización en el Imperio. El Acci cristiano fue sustituyendo al Acci pagano y la mitra, la cátedra, el carácter de ciudad episcopal, sería lo que la definiría en el futuro.

La semilla que sembrara San Torcuato prendió bien y dio cuantiosos frutos, de modo que, la serie de obispos no se interrumpe sino pasados bastantes años después de la invasión islámica y, aun así, permanece una importante comunidad mozárabe, depositaria de las más viejas tradiciones, que se ubica en el barrio de la Magdalena en torno a las iglesias hispanogodas de la Santa Cruz, Santa Catalina y la Magdalena y cuyo mejor exponente lo tenemos en San Fandila, mártir, *pregonero de la fe cristiana* ante el Islam. Serán estas comunidades mozárabes las que trasladen el cuerpo de San Torcuato desde *Face Retama*, lugar donde estaba sepultado tras su martirio, a Santa Comba de Bande, en el siglo VIII por el obispo Frodoario, según la versión tradicio-

nal, o en el siglo XII, tras la invasión de los intrasigentes almohades, como el historiador Carlos Asenjo apunta. Más tarde sería trasladado al monasterio de Celanova, actual provincia de Orense, en donde todavía reposa.

Durante la dominación musulmana, la tradición de San Torcuato pervivió de alguna manera. Así, Carlos Asenjo nos habla de cómo en los años posteriores al Califato todavía se realizaba una romería a *Face Retama* y cómo este lugar, después de los almohades, mantenía su carácter de lugar sagrado por considerarlo la tumba de un santón o faquí musulmán, famoso por sus milagros y santidad. En realidad, *Face Retama*, nunca ha dejado de perder su carácter de lugar grandioso, mistérico, mágico y lleno, permítaseme la expresión un tanto heterodoxa, de sobrecogedoras sensaciones telúricas.

El peso de su tradición de diócesis fundada en los tiempos apostólicos hace que, cuando los Reyes Católicos entren en la ciudad en diciembre de 1489, sea restaurado el obispado, del que ya era titular fray García de Quijada, franciscano. Poco después, reconquistada Granada, fue erigida la Catedral de Guadix por el Gran Cardenal de España Don Pedro Gónzalez de Mendoza, Arzobispo de Toledo, por Bula expedida en la Alhambra, el 21 de mayo de 1492. Años después, se recobra la tradición de San Torcuato y se intensifica su devoción, especialmente a partir de 1591 con la llegada de los jesuitas, sus grandes propagadores.

Restituida, pues, la cátedra episcopal, era necesario ahora revestirla arquitectónicamente de un gran templo, de una iglesia catedral, cabeza de la diócesis, al que se debía de adornar de imágenes y de cuadros que hicieran alusión a los grandes misterios de nuestra fe y a sus principales devociones, y dotarla, asímismo, de un Cabildo que garantizara el esplendor del culto con su Coro y Capilla de Música.

Se trata de todo un continuo proceso de construcción que llega a nuestros días, en el que han intervenido arquitectos, escultores, pintores, escritores y músicos de todas las generaciones, de modo que podemos afirmar que las Artes y las Letras de todos los tiempos han rivalizado en la realización del esta magnífica iglesia catedral y en el mantenimiento de la Cátedra de Torcuato cuyo titular último es nuestro querido obispo monseñor Don Juan García-Santacruz.

Largo y complejo fue el proceso de construcción de esta catedral que ahora nos alberga. Abarca desde el siglo XVI al XVIII con algunas realizaciones en el XIX. En tan dilatado periodo de tiempo, se fueron sucediendo diferentes estilos artísticos, fruto de los cambios de gusto estético experimentados, y el ritmo de la construcción se acomodó al ritmo histórico de España y del propio Guadix de los que es un fiel reflejo.

Comenzó pues a construirse esta catedral según traza gótica, bajo la atenta mirada del arquitecto Pedro de Morales y la participación de Enrique Egas. Pero la estrechez del templo y los aires renacientes que entonces empezaron a correr con fuerza en el solar hispano procedentes de Italia, hicieron, como ocurriera en Granada, que la obra cambiara de estilo y se construyera "a lo romano", o sea, según los cánones del estilo renacentista. Llega ahora, en 1519, a nuestra ciudad, procedente de Granada, Diego de Siloé, el arquitecto que trazaría el proyecto, que seguido en mayor o menor grado por los arquitectos que le sucedieron, daría lugar en gran medida al templo que hoy se nos ofrece.

Como hiciera en Granada y en Málaga, Diego de Siloé, concibe al templo catedralicio como un todo orgánico en donde se conjuga en feliz armonía el rectángulo de la planta basilical, de tres naves, con el círculo de la Capilla Mayor y el semidecágo-

no de la cabecera. Se concilian así el idealismo neoplatónico, un tanto paganizante, con el tradicionalismo de la planta basilical más acorde con el entender de la Curia romana. Además, de acuerdo con la concepción renacentista de la arquitectura, se desarrolla la gran solución siloesca del alzado, haciendo surgir el bosque de elegantes pilares con medias columnas clásicas adosadas sobre los que se eleva un entablamento quebrado a guisa de capitel para ganar altura y sobre los que descansan las bóvedas góticas de la techumbre.

Pero donde se manifiesta el genio de Siloé de manera más singular en la catedral guadicense es en la Capilla de San Torcuato, que antes se llamaba de Don Tadeo por la familia que la había encargado. Mediante un arco de ingreso en esviaje simple, llamado en "torrecavo" por los tratadistas de la época y de "cuerno de toro" por el pueblo llano guadijeño, se abre a una capilla redonda cubierta por una magnífica cúpula con claraboyas que ya es del siglo XVII. Situada en el mismo punto de contacto entre el rectángulo de los pies y el inicio de la curvatura de la Capilla Mayor y la cabecera, representa la gran solución siloesca de paso armónico entre, la línea recta y la curva, ensayada también en algunas capillas de la iglesia de Santiago, y desarrollada plenamente en la Capilla Mayor de la catedral de Granada y en la iglesia de El Salvador de Úbeda. La Capilla de San Torcuato es la verdadera joya arquitectónica de la catedral de Guadix. Se comprende por qué su Cabildo tuvo tanto interés en dedicarla a su Santo Patrón, el primer obispo y fundador de la diócesis, según la tradición.

La otra gran joya de nuestra catedral es, sin duda, su portada principal. De valiente diseño, sin abandonar la tradición de retablo, aporta soluciones borrominescas al combinar espacios cóncavos y convexos, o sea, curvas y contracurvas, mediante la utilización de soportes sesgados en el primero y segundo de sus cuerpos. El tercero se remata con un precioso juego de estípetes, coronados por una serie de pináculos que lo dotan de un suave movimiento ascendente. Si el mérito de la traza se debe a Vicente Acero, el alzado es obra de Gaspar Cayón, aunque en su larga ejecución intervinieran otros arquitectos como Fernández Pachote y Domingo Thomás que la acabó en 1799. Pero es más, como obra maestra que es, será imitada en sus juegos de estípetes por el guadijeño Lorenzo Rodríguez en su Sagrario de la catedral de Méjico. La inspiración motivada en la fe de Torcuato ha viajado a las Américas.

Será la Torre,sin embargo, el elemento que mejor simboliza a la Catedral de Guadix. Sólida y esbelta al mismo tiempo, su altura, como escribía Agustín Serrano de Haro, pugna y compite con las alturas de fondo de Sierra Nevada. Ella es el referente de todos los diocesanos, el estandarte de su fe y el perfil más característico de Guadix, la ciudad mitrada.

Y al lado de los arquitectos, los escultores y los pintores. A lo largo del tiempo, su talento hará realidad los programas iconográficos ideados por el Cabildo, ya en la fachada principal y en las laterales de Santiago y San Torcuato, ya en las capillas, presbiterio o sacristía. Surgen medallones como el de la fachada principal, dedicado al tema de la Encarnación, titular de la Catedral, ejecutado por Antonio Moyano hacia 1766; los retablos de las 11 capillas, entre los que destaca el de San Torcuato, obra de Francisco Moreno; el tabernáculo de la Capilla Mayor; imágenes de gran valor artístico como las Inmaculadas atribuidas a Risueño, la Virgen de la Antigua de Ruiz del Peral o las más recientes de Polo y del canónigo Jesús Campaña; los lienzos de la Capilla Mayor atribuidos al pintor Fernando Marín, posible alumno de Alonso Cano, y a Fortuny, el gran pintor catalán. Pero sobre todo destacan las otras dos joyas

de esta nuestra Catedral: la sillería del coro y los púlpitos. Obras, ambas, en su mayor parte debidas al gran escultor de la tierra, Torcuato Ruiz del Peral, nacido en Exfiliana, en el seno de una familia de boticarios.

Pero al mismo tiempo van apareciendo también otras obras consideradas menores, pero que tienen un gran valor artístico, nos referimos, entre otras, a las vidrieras, rejerías, lámparas, cajoneras, puertas, campanas y la enorme variedad de ornamentos sagrados, expuestos en su mayoría en el Museo Catedralicio, como cálices, patenas, custodias, ternos, capas pluviales, misales, etc. Todo ello supone que, junto a los arquitectos, escultores y pintores, en la construcción y pervivencia de una Catedral, hay que colocar el trabajo de otros artistas, carpinteros, ensambladores, orfebres, fundidores, bordadoras, etc. Las Artes mayores y las mal llamadas Artes menores se anudaron en la glorificación de Dios y de su Iglesia de Guadix, la Iglesia de Torcuato.

Y en ese anudamiento devocional también intervinieron las Letras. Las devociones populares, rico patrimonio espiritual heredado de nuestros antepasados, tienen, sobre todo las que alcanzan un carácter nacional, soportes literarios de altura. Pensemos sino en las obras que Francisco de Quevedo, caballero de la Orden de Santiago, escribiera con los expresivos títulos de "Memorial por el Patronato de Santiago" y "Espada por Santiago", en defensa del Apostol como Patrón de España frente a los partidarios de Santa Teresa a la que se había dado el título de Copatrona. Pues bien, la devoción a San Torcuato, que además de guadijeña lo es nacional, no carece de estos soportes literarios. Lope de Vega, el poeta de la corte de Felipe IV, el Fénix de los Ingenios, escribió en 1594, cuando se encontraba en Alba de Tormes al servicio del Duque de Alba, una comedia titulada *Los Varones Apostólicos. Comedia de San Segundo,* inédita, de la que hemos tenido conocimiento por un ejemplar impreso existente en la Biblioteca de la Facultad de Teología de Granada. Aunque el protagonista es Segundo, evangelizador y Patrón de Ávila, Torcuato es representado como el varón apostólico que recibe la enseñanza del cristianismo directamente de Santiago y por ello, se le considera el de mayor dignidad. Asímismo se relata la llegada de Torcuato a Guadix, el milagro del puente, la conversión y bautismo de Luparia y el establecimiento de Torcuato en Acci como obispo de la primera diócesis de España: *Aquí, Torcato, serás // Nuestro obispo, y nos darás // Los preceptos de ese Cristo.*

¿Cómo Lope de Vega llegó al conocimiento de la devoción y de la leyenda de los Varones Apostólicos? Hay que descartar que la información que hubo de recoger para escribir esta "comedia de santos" viniera de Mira de Amescua, por cuanto que el escritor guadijeño se encontraba a la sazón en Granada y Lope no haría su conocido viaje a esta ciudad hasta 1602, fecha de donde arranca su estrecha amistad. Más lógico es pensar que la leyenda de los Varones se había extendido por España por la labor de difusión que de ella realizaron los jesuitas. Incluso la tradición erudita tenía noticias de los Apostólicos, así Lucio Marineo Sículo en 1530 nos da noticias del relato de San Torcuato aunque desdibujadas en su obra *La cosas memorables de España.*

Sería Pedro Suárez, ya en el siglo XVII, quien divulgue la leyenda en su versión tradicional en su obra *Historia del Obispado de Guadix,* que recogerá más tarde Torcuato Tárrago y Mateos. Y ya, por los primeros años de nuestro siglo, en una dirección más erudita e intelectual, desde las páginas del periódico local *El Accitano*, su redactor, José María Ortiz, defiende la historicidad del relato de San Torcuato en una serie de artículos. En nuestros días la historiografía, en este sentido, es extensísima y han aparecido estudios de carácter antropológico realizados por el historiador

Francisco Fernández Segura y por mí mismo en nuestra tesis doctoral.

¿Y cómo dejar de citar el cultivo y el impulso que la devoción a San Torcuato ha recibido siempre de la Oratoria Sagrada? Los más reputados oradores predicaron novenas y sermones llegadas estas fechas. Recordemos al inefable Magistral Domínguez, al obispo Fernández del Rincón, al arcipreste Vargas Roda, al lectoral Juan de Dios Ponce y Pozo, al magistral Simón de los Reyes y a tantos otros.

Pero al lado de esta literatura culta y erudita surge otra más popular y de carácter más sencillo. Sírvanos de ejemplo los "gozos" que desde 1800 se venían cantando todos los años en el viejo Guadix, cuyo estribillo decía así: *Pues todo Guadix te aclama // Torcuato por su Patrón; // No niegues su protección, // A Guadix que tanto os ama.*

Y de la mano de los "gozos" llegamos a la Música. En esa integración de las Artes y de las Letras en torno a la vida de una Catedral, no podía faltar el concurso de la Música, la más aristocrática y al mismo tiempo la mas social de las Artes.

La dotación musical de nuestra Catedral quedó establecida el 21 de mayo de 1492 en la misma *Bula de Erección,* al mismo tiempo que las de Granada y Almería. En dicha Bula fueron fijados los cargos fundamentales de la música catedralicia, *el chantre, el sochantre y el organista.* Ahora bien, como en la catedral de Granada, será en la *Consueta,* libro que recoge las costumbres y las reglas por las que se regía el culto catedralicio, redactada y puesta en vigor en 1557 por el obispo Martín de Ayala, donde se precisen detalladamente las funciones de estos y otros cargos, como los *mozos de coro o seises,* muchachos o niños, que además de aprender a cantar, debían de llegar antes de los oficios y preparar con tiempo todo lo necesario. En Guadix, como en Granada, estaban constituidos en número de cuatro.

Hasta aquí, hemos mencionado a todos los cargos relacionados con la música del Coro, conviene significar, sin embargo, que la *Capilla de Música* era una entidad diferente tanto por sus funciones como por sus componentes. Así, en el Coro predominaba el canto llano, mientras que en la Capilla regía la polifonía y estaba integrada por el *Maestro de Capilla*, su director, y por los *cantores*, a los que se pueden añadir los *ministriles o músicos instrumentistas.*

En los primeros tiempos, los servicios de los ministriles se hacía de manera informal, por eso no se contemplan en la Consueta de 1557; pero el desarrollo que alcanza la música sagrada en la España del siglo XVI, las exigencias sonoras de la Catedral, el ahorro que su contrato suponía para la fábrica por exigir sueldos más bajos que los cantores, hicieron que la música instrumental fuera ganando terreno progresivamente, de modo que se acabó por tocar con toda normalidad el trompete, flauta y orlos, trombones, fagot y mutas.

Así las cosas, con el tiempo, la organización del Coro y de la Capilla de Música se fue haciendo cada vez más compleja; de tal guisa que, si al principio los cantores eran meros aficionados con cualidades para la música, todos ellos clérigos, más tarde, se tuvo que elevar el nivel técnico por lo que fue necesario el concurso de profesionales que se hubieron de buscar entre los seglares. Además, en la provisión de las vacantes, se pasó de la designación según voluntad del obispo, al sistema de oposición entre los aspirantes, con lo que los ejercicios de éstos se convirtieron, a veces, en verdaderos certámenes musicales.

Fueron, pues, las Capillas de Música de las Catedrales las principales escuelas de música organizada hasta el siglo XX, verdaderos conservatorios, y en el caso de Guadix, la única que nunca haya existido hasta nuestros días.

Las limitaciones económicas no permitían atraer a nuestra Catedral a los grandes músicos, a los ya consagrados, pero sí resultaba ser puerto apetecible para los jóvenes valores que empezaban o para algunos maestros de Capilla u organistas importantes, pero un tanto polémicos, porque en Guadix podían adquirir, los unos, la necesaria experiencia para dar el salto a las catedrales de mayor rango o encontrar, los otros, el ansiado reposo después de las turbulencias vividas.

Maestros de Capilla de nuestra Catedral fueron personalidades tan ilustres como *Pedro Periáñez*, que ejerció de 1572 a 1577 y nos dejó su composición *María Virgo*, interpretada en varias ocasiones por la actual Escolanía; *Francisco Paez de Ávila*, hombre difícil, que había tomado posesión en 1596 y marchado en 1600 a Antequera y, después, a la prestigiosa Capilla Real de las Descalzas de Madrid.

Ya en el siglo XVII, destacamos al granadino *Luis de Garay*, que ejerce el Magisterio guadicense varios años, hasta 1642 en que marcha a la catedral de Málaga para ocupar equivalente cargo, y a *Bartolomé de Alaminos*, músico formado con toda posibilidad en el ambiente local y que llena el último tercio del siglo.

Con mejores condiciones económicas, el siglo XVIII verá ocupar la Maestría guadicense a músicos tan notables como *Ginés Navarro*, considerado en 1724 como uno de los diez mejores maestros de capilla de España por el Cabildo de la Catedral de Sevilla; *Pedro de Arteaga Valdés*, gran compositor del que se conserva una de sus obras *O Crux*, y *Pedro Furió*, tan polémico como talentoso. Asímismo, en 1711, se compra un nuevo órgano, realizado en Granada por el maestro Juan Félix, bajo la vigilancia del entonces Maestro de Capilla *Francisco Rodríguez*.

No pudo sustraerse, en el siglo XIX, la Capilla de Música guadicense a los avateres de la Guerra de la Independencia, como tampoco a los problemas económicos de las desamortizaciones. Hasta el punto que en 1842 fue suprimida al reducirse ostensiblemente su presupuesto. Sin embargo, el amor a la música y a su Catedral hizo que muchos músicos continuaran asistiendo a todas las festividades sin retribución alguna. Destacan en este momento dos figuras insignes, el maestro *Antonio Honrubia*, magnífico organista y gran compositor, y *Torcuato Hernández Aguilera*, contralto. Ambos serían Regentes de Capilla y Maestros de Seises durante muchos años, desempeñando en este sentido una gran labor.

Las cosas van cambiando favorablemente, de modo que, la R.O. de 25 de noviembre de 1848, permitió al Cabildo, más holgado económicamente, restablecer la Capilla e incorporar a sus antiguos miembros. Se inicia ahora una gran recuperación, explicitada en la convocatoria de oposición a la plaza de Maestro de Capilla, vacante durante muchos años, que gana un buen músico, el maestro *Pedro Herraiz*.

En un ambiente de gran esplendor musical, surge un numeroso grupo de buenos instrumentistas, como *José Martínez Gallego* y, sobre todo, la gran figura del maestro *Pascual Rodríguez*. Organista y compositor, es el más importante de los músicos guadijeños. Todos ellos, con el Maestro de Capilla *José María de Siles*, también guadijeño, preparan el camino de la generación de los años 90 y siguientes, en los que destacan los violinistas *Miguel López Muley* y *Fernando Requena*, el tenor *Trinidad Franco Vera* y el organista *Gabriel Martinez Labella*.

Tras el fallecimiento del maestro Siles en 1895, el Magisterio de la Capilla de Música será desempeñado sucesivamente por tres músicos notables, llegados desde Granada de la mano del Obispo Maximiano Fernández del Rincón. Se trata de los maestros *Rafael Salguero, Patricio Beneyto y José Mínguez*. Los tres se integrarán

en el ambiente musical guadijeño y contribuirán al gran esplendor entonces alcanzado.

La capacidad creativa es notable. Al *Miserere* del maestro Pascual Rodríguez, a 12 voces, se le unen los himnos a San Torcuato y a la Virgen de las Angustias, copatrona de la ciudad de los maestros Mínguez y Labella, de todos los guadijeños conocidos, y un crecido número de composiciones que se custodian felizmente en el Archivo de la Catedral.

Pero a la Música de la Catedral accitana, después de estos años de esplendor, le quedaban por vivir años difíciles.

La supresión de los presupuestos del culto y clero por la II República, significó la caída en picado de la Capilla de Música, que acabará por morir de inanición en los años posteriores a la Guerra Civil.

Ahora bien, en este panorama desolador, la protección de San Torcuato no podía faltar. Y llegó cuando arribara a estas tierras guadijeñas, a esta Catedral, un hombre providencial: *Don Carlos Ros.* Seminarista, es ordenado sacerdote en 1949 y se integra en la vida diocesana, del Seminario y de la Catedral. Es cuando, en 1956, consciente de la necesidad de salvar y dar nueva vida a la música catedralicia, a instancia del obispo Rafael Alvarez Lara, concibe la idea de crear una *Escolanía*, que llevaría aneja la existencia de un Colegio de Enseñanza Primaria y una Escuela del Magisterio.

Desde entonces, la *Escolanía,* bajo la dirección permanente de Don Carlos, ayudado en sus principios por los entonces jóvenes sacerdotes, *Cecilio Martinez,* organista y compositor, y *Jesús Campaña,* sochantre, realiza una gran labor de formación musical en la juventud guadijeña, y pasea el nombre de la Catedral de Guadix por todas las tierras de España y del extranjero como PREGONERA de la Fe de Torcuato. Don Carlos, sacerdote humilde, modesto y sabio ha sido todo un regalo de San Torcuato para Guadix y su Catedral. ¡Dios le guarde!

Y para terminar, indicar que nadie como Pedro Antonio de Alarcón ha sabido captar la importancia del ser catedralicio en la ciudad de Guadix: *La catedral, bella, artística, gobernada por ilustres prelados y cabildos, descollaba sola entre las ruinas romanas, árabes y semifeudales... Allí oí por primera vez música. Allí admiré los primeros cuadros".*

Efectivamente, a lo largo de los siglos, la integración del trabajo, del talento y de la fe de numerosos artistas, han hecho posible la pervivencia de la Cátedra de San Torcuato. Arquitectos, escultores, pintores, escritores, oradores sagrados, músicos y el pueblo piadoso de Guadix, han sido PREGONEROS de la Fe de Torcuato. Seámoslo también nosotros, *ad maiorem Dei Gloriam.* Muchas gracias.